

# TORO BRAVO: UNA COMUNIDAD TRADICIONAL DE PEQUEÑOS AGRICULTORES EN EL CENTRO MONTAÑOSO DE PUERTO RICO

EDUARDO SEDA BONILLA\*

**B**AJO los auspicios de un programa de investigaciones sociales auspiciado por el Departamento de Salud de Puerto Rico tuve la oportunidad en el verano de 1964 de participar en un proyecto de investigaciones de campo sobre las actitudes y opiniones que con respecto al empleo de las mujeres fuera del hogar sustentan las personas en Puerto Rico. Como parte de mi trabajo me fue encomendado llevar a cabo un estudio de comunidad en Toro Bravo.<sup>1</sup>

La reputación de Toro Bravo<sup>2</sup> en los barrios aledaños, es el de "barrio de gente salvaje", "que está en el fin del mundo" y que "a los muertos", es decir los que mueren como resultados de actos de violencia "los bajan en hamacas". Más allá de los barrios de colindancia se desconoce a Toro Bravo por completo.

En la carretera de Toscas a San Damián, encontramos un cruce en donde empalma el camino de Toro Bravo. Nos adentramos por éste, pero pronto descubrimos que estamos en el barrio Palomas. La gente de Palomas no nos informa de buena gana sobre el lugar. Nos miran

---

\* Catedrático Asociado en Antropología y Director del Proyecto sobre la Cultura Cívica en Puerto Rico que auspicia el Centro de Investigaciones sociales de la Universidad de Puerto Rico.

<sup>1</sup> Deseamos expresar a las siguientes personas mi honda y sincera gratitud por su generosa acogida durante la realización de este proyecto: Al doctor Howard Stanton y a su señora Hazel Stanton directores del Programa de Investigaciones Sociales del Departamento de Salud de Puerto Rico, al licenciado Luis Garrastegui y Antonio Oliver y Augusto Oliver y al señor Frank Rodríguez de Lares, Puerto Rico.

<sup>2</sup> Los nombres de personas y lugares han sido modificados para proteger la identidad de nuestros informantes.

de hito en hito, el rostro grave y suspicaz; no les interesan las razones que alguien pueda tener para ir a Toro Bravo.

Al fin llegamos a Toro Bravo y el cierre suspicaz, ahora es más denso. Nos han enviado donde Cindo Cervantes, el jaiba de la comunidad. ¿Quién mejor que él para auscultarnos y disuadirnos de nuestros propósitos si fuera necesario? —“Pue Mister”, nos dice Cindo con ademán medio campechano y medio receloso, pero siempre alerta al menor indicio de indecisión en nuestras palabras. —“Pue, yo jayo que por aquí no va a encontrar casa. Yo tengo una ahí pero la tiene... ¿Cuánto tiempo dijo que iba a estar... un mes? Pue sí, la tiene el suegro mío que está loco”.

Los compañeros del dominó han permanecido silenciosos, escuchando con la mirada, pausadamente, todos nuestros movimientos.

Me decido a adentrarme un poco en el barrio por mi cuenta, “Mister”, me dice otra vez con acento campechano el jaiba Cindo, “los caminos están malos, ese es un camino que aquí llamamos de herradura, y con ese carrito no sale”. Decidí averiguar de todos modos. La carretera asfaltada terminaba al frente del cafetín de Cindo. Ahora transitaba por un camino estrecho de tierra que muy pronto se empinaba y retorció en curvas cerradas. Pensé en Noveo, un barrio que así llaman en Nocora por la topografía y por la gente y pensé que Toro Bravo debería llamarse Noveo. Al fin encuentro unos jóvenes caminando, me detengo y les ofrezco pon”.

—“No, si no vamos más que hasta ahí alantito”, dijo uno, con acento más hostil que receloso. Desde las casitas de madera y cinc los perros bravos nos salen al encuentro con la fiera que les inspira el hambre. Son perros flacos con mirada extraviada y realmente no quieren agredir sino asustar. Encuentro dos niños descalzos con camisetas de harapos y fisonomía desgastada por la desnutrición. Los saludo y apenas si alzan los ojos para mirarme.

—“¿A dónde llega este camino?” les pregunto.

—“Hasta ahí alantito”, responde el mayor con brevedad deliberada.

—“¿Se podrá pasar en el carro?”

—“Yo jallo que en ese carrito se pué atascar”, me responde ahora con más aplomo.

Continúo mi camino para encontrarme muy pronto frente a la corriente de la quebrada Camarones que cruza el camino sin puente. Tengo que volver hacia atrás. Las casas están muy apartadas unas de las otras. Son pequeños terratenientes los que viven en el lugar.

Regresamos unos días más tarde con el boticario del pueblo, José María Martínez Torrado, a quien me había referido el alcalde de un

pueblo vecino, a quien conozco desde mis años de estudiante en la universidad de Puerto Rico. De nada valió el interés que puso Don Chema en el asunto, su insistencia con los que tenían casas desocupadas, ni su promesa de él mismo pagar la renta si fuera preciso como garantía.

—“Pue miri, es que el hiju míu llega ejta semana que vieni di Nueva York”.

—“Ay, Caramba!, cuantu lo sientu, pero ej que el quartu está llenitu de mueblej que dejó el hiju miu ahí y yo no me atrevu a cambiar naíta de lo que él dejó, 'el geniu que tié ese muchachu! ¿Cuánto tiempo diju. ... un mes? Mire, no diga por ahí que ej un mes porque naide le alquila”.

—“¡Ay qué pena!” nos dijo otra señora escrutándonos con la mirada de arriba a abajo, “la casita que tenía se la alquilé al gobiernu pa' la oficina de la carretera que están jaciendu ahí”.

Al fin opté por alojarme en un pueblo vecino y viajar hasta la comunidad hasta tanto pudiese conseguir donde vivir en la comunidad.

Fue un domingo el primer día que iniciamos el trabajo; llegamos en un jeep que nos prestó nuestro amigo el alcalde de San Damián. Los caminos estaban secos y logramos adentrarnos sin dificultad en el barrio y hacer varias entrevistas. En la casa de unos vecinos entendieron que nosotros éramos del “proyecto” y el proyecto para ellos era el de la construcción de casas en el programa de Ayuda Mutua y Esfuerzo Propio. Nos invitaron a jugar al “tuti”, juego de cartas español casi olvidado en el resto de la isla. Nos dieron esperanza de conseguir una casa desocupada, que pertenecía a uno de los hijos, que se había ido para Estados Unidos. La esposa tenía que consultar al marido, pero al día siguiente cuando regresamos, la expresión de suspicacia en el rostro, nos indicó por adelantado la respuesta negativa.

Era lunes y nosotros habíamos trabajado el día anterior, ¡grave pecado trabajar los domingos! ¿quiénes éramos si no respetábamos las leyes de Dios?, pues ni más ni menos, ¡comunistas! La primera señal de resistencia al programa de entrevistas le ocurrió a mi auxiliar de campo, pero más tarde yo logré llenar la hoja del censo en esa casa. El dueño de la casa en donde habíamos entrevistado el domingo vino a caballo y habló conmigo un rato. Quería saber si nosotros éramos del gobierno, la autoridad, porque sin autoridad ¿cómo nosotros íbamos a hacer un censo? ¿a quién si no al gobierno podría interesarle hacer un censo? Solamente a otro gobierno, el comunista ni más ni menos.

Esa noche celebraban un rosario de novena en Toro Bravo arriba y logramos que Cindo nos invitara. Fuimos con la familia de Cindo.

A mi auxiliar de campo le hicieron la mar de preguntas, pero en general nos pareció normal que tuvieran curiosidad.

Al día siguiente Doña Rosa, la esposa de Cindo, nos estaba esperando para avisarnos que la noche anterior unos vecinos del sector dos habían venido en comisión a casa de Cindo a preguntar quiénes éramos nosotros y después habían ido al cuartel de la policía. La policía les envió a casa de Don José María y éste nos dio su respaldo. Nuestra situación en la comunidad no quedó muy clara, aún así. Una señora de aquel sector, según pudimos averiguar más tarde, había "oído" en un programa de radio que nosotros éramos ladrones, que veníamos a averiguar el dinero que tenían guardado para más tarde regresar a robarles. El grupo había venido armado y fue una suerte nos dijo Cindo, que no nos encontraron en la casa.

Nos dirigimos al sector dos, como reos que caminan hacia el patíbulo; si íbamos a completar el estudio, no había otra alternativa que tomar el toro por los cuernos. Las miradas de los vecinos y la expresión de los rostros no era de asombro sino de rencor milenario contra dos extraños que no tomaban en serio sus amenazas, ni siquiera como desafío. Sin duda éramos "comunistas", qué otra cosa, si no respondíamos con rencor a su rencor y le hablábamos con amabilidad cuando ni siquiera nos invitaban a las casas ni contestaban nuestro saludo. No obstante las entrevistas continuaron su curso normal ese día y alguna gente se animó a decirnos, "la gente decente se conoce por encima"; para luego insinuar una breve excusa, "aquí en este barrio le tienen miedo a todo el que viene de afuera". A casa de Chito Cruz vinieron dos, a llenarles los blancos del seguro social y mientras uno lo entretenía el otro le robó el dinero que tenía guardado".

Ramiro Cumpiano nos saludó de muy mala gana y por eso sospechamos que él era uno de los que había ido a la policía. Estábamos en lo correcto. Ramiro Cumpiano no era persona para dejarse ignorar y nosotros no habíamos ido a consultarlo desde el comienzo del estudio. Al igual que Cindo su compadre, era propietario-comerciante, y tanto los políticos del pueblo como los afuereños que iban de paso, se paraban en su negocio a informarse y a orientarse con Ramiro, quien así se hacía informar sobre quiénes eran y qué propósitos traían los afuereños. Era un sistema informal de identificación, y el ignorarlo implicaba que nosotros no le dábamos la importancia que él se merecía. Más que desaire era una derrota frente al rival Cindo. Pero Ramiro no era persona rencorosa y perdonó nuestra ignorancia de estos cumplidos.

La resistencia en Toro Bravo tres se fue diluyendo hasta que al fin desapareció. No en balde en Toro Bravo cuatro empezaron a pensar que no éramos comunistas sino que trabajamos<sup>3</sup> con el hipnotismo. Aparte de haber "convoyado" a Ramiro ¿no le habíamos quitado el

dolor de cabeza a una pobre señora, mediante la sugestión, unos pocos días antes?

En Toro Bravo sector uno, no hubo resistencia alguna. Doña Raquel Fleitas, una señora de excepcionales cualidades de liderato, nos adoptó desde el principio y los vecinos en todas las casas nos ofrecieron café, cerveza y nos trataron con amabilidad. Nuestro "jip" se enterró en un cañaveral y hubo junta de gente para sacarnos. A un muchacho que trabajó muy fuerte le pagué cinco dólares. En mala hora. En Toro Bravo sector cuatro iban a decir que "trabajamos" con hipnotismo y con dinero. En otra ocasión en Toro Bravo uno, Juanito Ameses nos ofreció mucha ayuda pero yo no insistí en pagarle, ya habíamos experimentado las ráfagas en Toro Bravo sector cuatro.

En Toro Bravo cuatro tropezamos en nuestra segunda entrevista con Choto Porras. Queríamos hablar con el cura, cuya capilla estaba al frente de la casa de Choto.

—"¿Para qué?" nos dijo Porras, "él viene si yo lo mando a buscar y lo que ustedes me digan a mí yo se lo hago saber a él enseguida como si se lo dijeran a él mismitu".

En mala hora nos pusimos a darle explicaciones a Choto Porras ¿Cómo que, no éramos del gobierno? El interrogante se abría en múltiples respuestas no verbalizadas. Eramos agentes de un gobierno, pues estábamos haciendo un censo. No era el gobierno de Puerto Rico, pues sería el federal, no era el federal, pues claro, éramos agentes de Fidel Castro.

Si Porras hubiera podido hacer un registro lógico de su pensamiento quizás hubiese podido definir claramente sus sospechas, pero nunca logró trazar el sentido de las dudas que lo mortificaban. Quería responder con amabilidad pero tampoco podía. ¡Pobre hombre perdido en la incertidumbre de su propia ambigüedad existencial! Choto Porras es un hombre "de color" en una comunidad predominantemente "blanca". Su familia tenía una historia de homicidios y rencores; su hermano fue guapo de barrio, abusador de todo el que no pudo enfrentarse a él con valentía: lo mataron entre seis. Un primo de Cindo le enterró un puñal en el pecho mientras otros seis lo sujetaban de espalda a la tierra. Esto ocurrió durante una fiesta de bodas de un vecino de Choto. Al otro hermano le enterraron un puñal en el cuello y lo dieron por muerto. Fue en una jugada de monte; habían planeado matarlo. El que tenía el puñal para matarlo se apostó detrás de él, mientras sus compinches apostaban sus apuestas. En el momento propicio sacó el puñal y se lo enterró por el cuello. El hombre cayó inconsciente, pero reaccionó y se levantó para perseguir al que lo atacó.

Choto ha tenido éxito en los negocios, la gente lo considera un

líder del sector cuatro. En su casa hacían un alto todos los que venían de afuera y nosotros no habíamos ido a pedirle información, ni a solicitar su ayuda. "Mire si ej como yo le digu, son los alversarius que andan regandu por ay que ustedes son comunistas". ¿Pero cómo no íbamos a serlo, si no habíamos ido a pedir permiso a Choto desde el comienzo del estudio? Fluía en Choto la megalomanía lastimada por la indocilidad de un antropólogo, y una folklorista que se negaban a cesar de trabajar para demostrarle al barrio el poder de Choto Porras. Le di mi tarjeta de identificación, el teléfono de la escuela de medicina de la Universidad de Puerto Rico y el nombre del director del Programa de Investigaciones Sociales, Dr. Haward Stanton. De nada valía. Choto no podía formular explícitamente sus dudas, sumido en la incertidumbre, la ambigüedad propia, los "alversarios puliticus", la autoridad, los comunistas, el mundo se le había salido de las manos y él que lo controlaba todo, ¿quién se creían que era él?, ya lo verían... Y lo vimos. Días más tarde el representante de la asamblea municipal, logró juntar unos cinco hombres armados con machetes.

—Buenos días, don Rafael, somos de la Universidad y venimos a...

—Aquí no queremos que llene esos papeles.

—Pues, es una cosa voluntaria, si no quiere, es su derecho.

La señora se asomó trémula y pálida y pensé que era mi deber informarle que la entrevista era para ella.

—Pues es una entrevista para la señora.

La señora no me dejó terminar.

—Yo hago lo que mi marido me diga y si él dice que no van a llenar esos papeles pues ya está.

Los labios le temblaban y el hombre se había puesto de pie.

Saqué mi tarjeta de identificación y se la entregué al hombre y le dije que sentía que ellos no pudieran ofrecernos su cooperación en el estudio, ya que después de todo un estudio así podía tener buenos resultados para la comunidad si las autoridades se enteraban de las necesidades prevaletantes. Un hombre se me acercó y me pidió medio peso. Después de todo, ya había aplicado la hipnosis, ahora el dinero. Le dije que se fuera a trabajar, que él era joven y me marché.

Las puertas de todas las casas ahora estaban cerradas y nadie respondía cuando tocamos en ellas. Abandonamos el sector de Rafael Arzuaga. Los hombres se quedaron conversando.

Continuamos las entrevistas en Toro Bravo sector cuatro, enfrentándonos a una creciente resistencia. Un sábado había terminado una entrevista en el cafetín de Chendo Rosado. Un hombre comentaba en voz alta en un grupo reunido a la vera del camino, que a él no había

quien le viniera con cuentos de camino, si éramos del gobierno teníamos que identificarnos. Un hombre vino donde estaba mi auxiliar de campo entrevistando a una señora y con ademán agresivo interpelló: "¿Cómo era que nosotros siendo empleados del gobierno trabajamos los sábados por la tarde?". Mi auxiliar de campo le respondió que no éramos empleados del gobierno, ¿cómo no íbamos a ser empleados del gobierno? Los empleados del gobierno no trabajan los sábados. Ella respondió que los policías eran empleados del gobierno y trabajan los sábados. El hombre se puso el sombrero y se marchó, sin poder encontrar congruencias en el asunto. El grupo reunido afuera ahora intensificaba sus comentarios reticentes; me dirigí al grupo. Un hombre con el machete en la mano me interpelló sobre si éramos o no del gobierno. Le dije que no éramos del gobierno; la Universidad es una institución que funciona independiente del gobierno y no puede estar controlada bajo ninguna circunstancia por las presiones gubernamentales. Les hablé de libertad de cátedra y el grupo se fue encogiendo. ¿Y cómo también decían que yo era doctor? Les expliqué. Pero no querían ser amigables y se dispersó el grupo.

Más adelante fui a casa de un señor cuya esposa nos había pedido que le devolviéramos la hoja del censo, porque el marido estaba furioso. El hombre estaba cortando una estaca con el machete cuando llegué pero aceptó mi explicación y se dejó entrevistar.

Al final del estudio, se había disipado la suspicacia y la hostilidad contra nosotros y desde nuestra nueva posición se podía ver con claridad la estructura de la convivencia en la comunidad.

Tiene importancia este recuento del proceso a través del cual confrontamos la *resistencia* de la comunidad hasta alcanzar un alto nivel de *rapport*, pues es poco lo que a este respecto se ha publicado en Puerto Rico. Los métodos y problemas en el campo, generalmente se toman por sentados. En otro nivel la resistencia desde una perspectiva sicodinámica refleja la estructura caracterológica de las personas. En este caso el atributo de carácter que resalta es el de la suspicacia y el temor de ser objeto de persecución de un grupo político que representa para la comunidad la personificación misma de la maldad. No obstante los grupos políticos "adversarios" son clasificados conforme al estereotipo de maldad que atribuyen al comunismo.

En las próximas páginas trataremos de explicar las raíces de esta estructura caracterológica.

*¿Qué clase de comunidad es Toro Bravo?*

El comportamiento humano está siempre regido por una estructura convencional en la cual quedan fijados los criterios que significan identidad para los miembros de la colectividad y el valor interpersonal de la identidad en cuestión. El valor adscrito a las identidades es relativo al contexto interpersonal en el cual se confronta.

La mujer en la estructura convencional de Toro Bravo es un ente social corruptible por la perversión y la lascivia del hombre, y por lo tanto debe ser protegida del peligro omnipresente de los "instintos" masculinos. El hombre ofende a la mujer hasta con la mirada y la mujer no debe exponerse a la ofensa del hombre y menos provocarla.

A las niñas a los diez años las sacan de la escuela para evitar los peligros del contacto con los varones, ya conscientes de la "malicia". A los trece años ya se considera a la muchacha en edad casadera y empiezan los pretendientes a hacerle saber sus "buenas intenciones", no de ultrajarla sino de "honrarla" casándose con ella. Desde el comienzo del proceso, la familia de la muchacha puede intervenir con las posibilidades de que la relación prospere en noviazgo "negándole la entrada" al pretendiente a la casa. Negarle la entrada equivale a negarle toda posibilidad de comunicación, pues la muchacha no puede salir a ningún lugar fuera de la casa en donde le sea permitido hablar con el pretendiente. Para hacer la decisión de "abrir" o negarle la entrada al pretendiente la familia evalúa, la capacidad del pretendiente para ofrecerle un hogar, seguridad y respeto a la pretendida. En los casos en que esto no se logra, la muchacha podría "irse" con el novio, pero no pudimos encontrar ni un solo caso en que esto ocurriera. Es una alternativa teóricamente hablando.

Durante el noviazgo la muchacha es objeto del más exagerado cariño y devoción, por parte del novio. Sus conversaciones son en la sala de la casa bajo estricta supervisión. Hay pocas ocasiones para mayor intimidad, pues los bailes, en la comunidad son considerados como peligrosos por la seguridad de la vida, debido a que cuando la gente toma licor se pelean por cualquier cosa y las peleas pueden terminar en tragedia. Uno de nuestros instrumentos en el estudio consistía de una prueba de cuentos incompletos que el sujeto debía completar. Había una que comenzaba con una escena en donde están reunidos un grupo de personas gozando de la camaradería. De pronto tocan la puerta. El entrevistado debía continuar la narración desde aquí en adelante. La mayoría de los Toro Bravenses completaban la narración con una escena de muerte; habían matado a alguien y habían traído el cadáver. Le habrían matado el padre o el hermano a la pobre señora

que al abrir la puerta se enfrentaba a una situación diametralmente opuesta a la experiencia efectiva de la fiesta. El placer parece ser antesala del dolor, la amistad es antesala de enemistad, el amor es antesala de odio, las emociones de bienestar son presagio de catástrofe y para no sufrir desilusión es mejor esperar siempre lo peor. Las fiestas en la realidad también terminan en muchos casos en muerte por homicidio, un castigo radical por el disfrute del placer de la fiesta.

Una vez casados, y se casan por la iglesia católica, los cónyuges ocupan su propio lugar de residencia. La mujer se ocupa de las labores de la casa y el hombre trabaja en la tierra para mantener el hogar.

Sobre el control de la natalidad no existe otra noción que la que lo define como un pecado y está prohibido por la Iglesia. Desde el primer año empiezan a tener hijos y el número de hijos llega a veces hasta veinte, uno cada año. A los bebés los atiende la madre con mucho cariño y devoción martiroológica y con mucha estrechez y miseria. Mamando de la madre se desarrollan robustos y sanos, mejillas rosadas y muy saludables, hasta que llega el "extraño", el "de afuera", que desplaza al bebé del paraíso, el quitafaldas. En los casos en que no hay una preñez subsiguiente, los niños continúan al pecho hasta que lo abandonan por su cuenta y siguen siendo niños alegres "rollizos" y sanos. Los niños desplazados por recién nacidos se ven enfermizos, delgados y huraños. Un cambio radical, o quizá una "transformación malevolente" parece arrasar con el color rosado de sus mejillas y con la sonrisa a flor de labios. La comida no parece ser suficiente como para llegar a nutrirlos y de los dos años en adelante se ve la reducción marcada en el proceso de desarrollo físico. Son magros y pequeños de estatura cuando alcanzan la edad de adultos. Las condiciones materiales de los hogares son pobres. En muchos hogares con quince hijos, hay dos dormitorios (a veces menos) y una cama donde duermen los padres con los niños menores. Los hijos mayores duermen en "petates" o en el piso.

Los hombres se consideran dueños y señores del hogar, y los únicos con "voz y voto". La esposa frente al esposo asfixia su apocado ánimo y se acoge a la voluntad todopoderosa del esposo como si esa fantasía de poder la librara de una angustia inconmensurable.

En las entrevistas teníamos a veces dificultad en conseguir que las mujeres nos contestaran las preguntas, pues ellas se sienten ser ignorantes y necesitan el respaldo informativo del esposo. Claro que si el esposo no las autorizaba de antemano para la entrevista, no había modo de que nos respondieran. Pero dada su timidez, no se atrevían decir que no y para salir del paso mandaban a buscar al marido, quien en todos los casos se presentaba en breves minutos y se sentaba frente

a nosotros con mal disimulado rencor y respondía a las preguntas como si fueran dirigidas a él. Si la mujer osaba a discrepar de la opinión que él le atribuía en sus respuestas, pues se confrontaba con la presunción de que ella en verdad no sabía de nada. El marido lo sabía todo incluso que las mujeres no sabían nada, "son ignorantes e irresponsables". No estar de acuerdo con el marido era como estar de acuerdo con el entrevistador—infidelidad ante sus propios ojos. El marido daba por descontado lo que ella decía y continuaba en su posición de "manda más" con mirada de desaprobación compasiva. Si ella insistía la desaprobación compasiva podía tornarse en desaprobación agresiva, que parecía sumir al hombre en un asfixiante rencor de niño desplazado.

Los niños en la comunidad son muy poco ruidosos y activos en sus juegos. Disimulados, humildes, obedientes. Son muy poco "altivos", dicen los mayores y la altivez es una "mala maña" que requiere castigo.

Los niños van a la escuela desde los seis años, si los padres están en buena relación con las autoridades políticas del municipio. Si los padres no tienen "pool", el niño tiene que esperar cumplir los 7 años para ingresar al primer grado. Los padres en general se quejan de que los niños no aprenden nada en la escuela y lo que hacen es perder el tiempo. La mayoría se sale de cuarto o quinto grado y un gran número de éstos no saben leer ni escribir.

Los hombres dicen que quieren tener muchos hijos varones para ponerlos a trabajar para ayudar al sostén del hogar desde los nueve años en adelante. Las mujeres resignadas opinan que deben tener "los que Dios quiera". Y el "Dios" de la casa sí, quiere tener hijos. Lo racionalizan diciendo que son una seguridad para cuando ellos estén viejos. No habrán de quedarse solos—tendrán compañía y quien los mantenga. A la mujer hay que tenerla en cinta para que no se le vaya "a meter el demonio del vicio en el cuerpo".

Los niños como digo, se ven macilentos, adormecidos, sin la vivacidad y la chispa del niño bien nutrido. Parecen raíces secas y macilentas de un tronco mustio y descarnado que es la madre. Es un cariño patético el que fluye entre este haz famélico de niños y de madre. El padre es el arreador, anda solo, ánima solitaria. Los niños lo "respetan", no se atreven a decir "esta boca es mía" al frente de él. Sentado en la única banqueta, come silencioso, y la mujer sirve de pie con el recién nacido al hombro y los pequeños colgando de la saya. La hija mayor ya está haciendo bordados y ayuda a la madre. Madre e hija están unidas por mutua compasión, por el dolor de una angustia opre-

siva que no alcanzan a comprender—un masoquismo milenario de saberse prisioneras de su propio “apocamiento”.

Las condiciones precarias de la economía, requiere que los hijos contribuyan al sostén del hogar con lo que puedan y cómo puedan. Hacen mandados a la tienda, ayudan al cuidado de los animales, ayudan en las faenas agrícolas y cuando alcanzan la edad legal, se emplean y ayudan con dinero, hasta que forman su propio hogar.

Los hombres salen a veces a la orilla del camino y se congregan para conversar. A veces se dejan llegar hasta el cafetín y juegan dominó. En estas ocasiones llevan un machete muy amolado cuyas funciones en este contexto no es de instrumento de trabajo. Las mujeres se reúnen para hablar cuando de tarde salen a visitar o en el pozo a donde van a lavar la ropa.

En general es una vida de privaciones y de necesidades insatisfechas. Controlan las emociones en toda situación familiar, y se expresan generalmente en formas estereotipadas. Fuera del contexto familiar se sienten en peligro y evitan salir para no exponerse a tales situaciones. En el nivel comunitario la agresión se manifiesta en situaciones de fiesta. Fue en una fiesta de bodas donde mataron al hermano de Choto Porras. Fue en una jugada de monte donde trataron de matar a su otro hermano. Los cafetines donde juegan dominó, son vistos desde afuera como lugares potencialmente peligrosos. Y cuando surge la agresión surge a torrentes incontenibles y culmina en homicidios atroces, como el del hombre que cortó en pedazos a una comadre que no quiso acceder a sus requisiciones libidinales.

En condiciones normales se ayudan mutuamente los vecinos. Se controlan mediante la “mermura” o el chisme como se le llama en otros lugares y se aúnan en la sublimación religiosa que les ordena a acatar la voluntad todopoderosa de Dios. El microcosmos familiar se proyecta hacia el macrocosmos del universo y solamente bajo la ejida del Todopoderoso se pueden divertir sin sentirse culpables sino redimidos.

Celebran rosarios de cumpleaños a los muertos, en todos los hogares, suficientemente grandes para darle cabida a la gente que viene a rezar, a tomar chocolate con galletas de soda, queso y ron. Los muchachos solteros aglomerados en la semioscuridad del pequeño balcón o en el dintel de las ventanas, se asoman huidizos para robarles miradas furtivas a las muchachas medias cimarronas acinadas en el dormitorio. Un encuentro furtivo de miradas conlleva compromisos insospechados de atención a posteriores requiebros amorosos. Celebran rosarios al santo de la devoción y durante las fiestas al santo patrón

de la comunidad, organizan en colaboración con el cura de la parroquia una romería en donde participan casi todas las familias del lugar.

La caravana de automóviles, guaguas y camionetas se extiende a lo largo de la carretera. Al frente el párroco acompaña la camioneta que conduce una estatua de madera que representa a la Virgen de Monserrate, hermosamente adornada con oropeles, muselinas y encajes, un perfecto ejemplar de la belleza sublime de la mujer mediterránea. En los automóviles va una inmensa multitud y una que otra vez responde a un responso del rosario del cura que se trasmite por altoparlantes a lo largo de la carretera. Las gentes salen a los balcones a observar la impresionante caravana. Los conductores de autos públicos se impacientan con la lentitud impuesta por la circunspección piadosa del evento. Encañonan con bocinas estentóreas y al fin se adelantan a la línea continua de vehículos de la caravana. Una vez en el pueblo, los ocupantes salen a formar una procesión cargando en hombros a la imagen de la Virgen. Ellos dicen cargar a la Virgen no a su imagen. En la iglesia son recibidos con repiques de campanas. Las mujeres se cubren la cabeza con mantillas negras para entrar a la iglesia, se santiguan al pasar por la pila de agua bendita y luego ocupan un lugar en la congregación con los ojos fijos en el altar mayor. Su expresión es profundamente piadosa. Los hombres se quedan en la plaza haciendo pequeñas apuestas en las ruletas, que llaman picas, comiendo golosinas, pasteles, empanadas, tomando gaseosas o cerveza y esperando que salgan las mujeres para dar un corto paseo por la plaza. Algunos compran golosinas para los niños antes de regresar al hogar. Han cumplido una obligación sagrada, y a qué mayor bien podrían aspirar, no se sienten culpables sino redimidos, y se han divertido.

Se reúnen en circunstancias similares para velar a los muertos y rezarles los rosarios de novena. El último rosario en la novena noche tiene características similares a los rosarios de cumpleaños y a los del santo de devoción. Los rosarios de esa noche se extienden casi hasta el amanecer, y reparten entre los asistentes café o chocolate, galletas de soda con queso y pequeñas porciones de ron para los hombres y quizá muy escurridizamente una copita de anís de vino o "rabo de gallo" en donde ambos se mezclan, para las viejas. Las muchachas jóvenes no le son permitidas estas indulgencias.

Las mujeres asisten a misa los domingos y con el cura ensotariado dan salves a la Virgen, "bendita entre todas las mujeres". Los hombres cuando más, se acercan por los alrededores pero no participan en cosas "de mujeres" que es la religión. No obstante todos han sido bautizados en la iglesia, casados en la iglesia y serán despedidos de este

mundo en ese lugar. Son católicos y eso para los hombres es piedad que se vive en soledad, no martirologio que se pregona en público como le es dado a las mujeres, en la iglesia y en el hogar. En el microcosmos familiar el hombre todopoderoso, solitario, como el Dios Todopoderoso, es recordado sólo en momentos en que se le maldice, y las maldiciones acompañan las expresiones afectivas a modo de estribillo. El favor del Dios solitario no se consigue mediante súplicas directas, es preciso la intervención de la Virgen pura y compasiva. Es la Virgen la que está integrada en los modelos diarios de convivencia íntima, supervisada e interferida desde la distancia por una figura casi rencorosa y solitaria, el padre del microcosmos familiar, o el Todopoderoso del macrocosmos del universo.

Las paredes de las casas están adornadas con retratos de familiares ausentes, fotos de bodas y bautizos, y desde luego de cuadros de santos. Los cuadros de la Monserrate, santa patrona de Toro Bravo, el Sagrado Corazón de Jesús y un crucifijo son los más comunes. En uno que otro lugar se pueden conseguir cuadros más esotéricos, San Miguel blanco y rosado, con una espada en la mano, pisando en el suelo a un diablo rendido, de color negro y rasgos bestiales. San Expedito, el santo patrón de los jugadores y bebedores y desde luego San Antonio cuya imagen se representa en una pequeña estatua en vez de un cuadro. Los milagros de San Antonio es asunto muy conocido. Cuando no hace milagros "el santo" se le condena a dormir debajo de la cama o cabeza abajo colgando por los pies, o se le coloca en lugares mal olientes. Las promesas de rezarle un rosario se le cumplen si la soltera encuentra marido.

Los niños y los varones adultos llevan prendidos en la ropa o colgados del cuello un objeto sagrado que llaman escapulario. A los recién nacidos les prenden cuentas de azabache para protegerlos del "mal de ojo". Las tendencias animistas se ponen de manifiesto de igual manera cuando truena o relampaguea, ocasión que concita un reclamo impregnado de angustia "¡Santa Bárbara!" y se persignan. Si los truenos son distantes, alguien comentará "están haciendo mudanza de muebles allá arriba". A los lugares donde llueve mucho les llaman "escupidera" o "basinilla del cielo", y uno de los requiebros amorosos en forma de piropo dice "San Pedro dejó la puerta del cielo abierta y se le escapó un angelito". Cuando cae lluvia sin que el sol se apague la gente comenta que el diablo y la diabla están peleando. Quizá el sol en este contexto representa una proyección masculina del microcosmos familiar, y la diabla la lluvia que no logra opacar al sol en el acto de fertilidad. Creen poder detener la lluvia amarrando los "testículos al diablo", aumentando progresivamente la presión sobre un

torniquete que se aplica a dos tusas de maíz que simbolizan los testículos. Los niños echan cenizas en cruz a la tierra, con ideas que quizá expresan el mismo propósito animista. Las cenizas en este contexto irritan, esterilizan y cauterizan el proceso de fertilización. Durante períodos de largas sequías, se reúnen los vecinos cada cual portando una vela encendida y formando una procesión encabezada por un cura o una rezadora. La procesión termina en algún cuerpo de agua, quebrada o manantial y se le conoce con el nombre de rogativa.

La información que tienen del mundo externo es increíblemente limitada. Apenas si saben quién es el gobernador de Puerto Rico o qué partido está en el poder. El mundo externo y lo desconocido no es un reto para conquistar, sino una amenaza a la seguridad, de la cual es mejor mantenerse alejado.

Los caminos son intransitables y en general es una comunidad extremadamente aislada y subdesarrollada. El representante del municipio en la Cámara, ha evitado, según la opinión de la gente de la comunidad, que se apruebe proyecto alguno de mejora con el objeto de "castigarlos", pues en el barrio siempre ganaron las elecciones los "alversarios" más conservadores—los estadoístas. Son precisamente los estadoístas los que han ayudado a emponzoñar los vecinos de Toro Bravo contra el espectro del comunismo. Son comunistas de acuerdo con esta gente todos los herejes y son herejes los que no creen en Dios, y no creen en Dios los masones, algunos populares, los protestantes y los que quieren quitarle lo que es suyo a los que tienen. Los herejes tienen parte con el demonio y a Fidel Castro se le supone ser el mayor exponente de tal especie. Hay una conspiración, según este cuadro mental encabezada por Fidel Castro que pretende proclamar la hegemonía de la maldad sobre el bien, el triunfo de Satanás sobre Dios. Estados Unidos representa las fuerzas del bien que combaten las fuerzas del mal, el comunismo hereje. El que no está con Estados Unidos, está en contra de Estados Unidos, y por lo tanto a favor del comunismo.

El drama de San Miguel blanco y rosado pisando a un demonio negro y bestial, en los cuadros suspendidos de los setos de las casas, adquiere ahora así nuevo significado y vigencia trasladado al plano de lo político.

El pobre diablo, el chivo expiatorio de tantos siglos de cristiandad, ahora vuelve a adquirir vitalidad animista proyectada en la figura de Fidel Castro, a quien conciben como en antiCristo. De acuerdo con la opinión de los Toro Bravenses. No todos los miembros del partido Popular son comunistas, pero hay muchos comunistas infiltrados en ese partido. En cuanto a los que opinan en favor de que Puerto Rico

se debe convertir en una república soberana, los de Toro Bravo no reconocen diferencias entre los miembros de las múltiples facciones del Independentismo. Ante los ojos torobravenses, "los nacionalistas" que así llaman a todos los independentistas son vistos en términos de una imagen sórdida y brutal que amenaza el orden público, la paz y la tranquilidad en complicidad con los "herejes del comunismo".

Pronunciada con cierto énfasis, trabajo no quiere decir realizar una faena sino llevar a cabo una actividad relacionada con la brujería.